



www.loqueleo.com

Los pájaros no tienen fronteras. Leyendas y mitos de América Latina

© Del texto: 2012, Edna Iturralde

© De las ilustraciones: 2012, Andrezzinho

© De esta edición:

2016, Distribuidora y Editora Richmond S.A.

Carrera 11 A # 98-50, oficina 501

Teléfono (571) 7057777

Bogotá – Colombia

www.loqueleo.com

• Ediciones Santillana S.A.

Av. Leandro N. Alem 720 (1001), Buenos Aires

• Editorial Santillana, S.A. de C.V.

Avenida Río Mixcoac 272, Colonia Acacias,

Delegación Benito Juárez, CP 03240,

Distrito Federal, México.

• Santillana Infantil y Juvenil, S.L.

Avenida de Los Artesanos, 6. CP 28760, Tres Cantos, Madrid

ISBN: 978-958-9002-76-6

Impreso en Colombia

Impreso por Editorial Buena Semilla

Primera edición: diciembre de 2012

Primera edición en Loqueleo Colombia: octubre de 2016

Tercera reimpresión en Loqueleo Colombia: diciembre de 2017

Dirección de Arte:

José Crespo y Rosa Marín

Proyecto gráfico:

Marisol del Burgo, Rubén Chumillas y Julia Ortega

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo, por escrito, de la editorial.

Los pájaros no tienen fronteras

Leyendas y mitos
de América Latina

Edna Iturralde



loqueleg

*A mis siete nietos: Chaz, Tacéo, Kilian, Adriaan,
Thomas, Wolter y Leonie. Y a todos los otros que
vendrán y ya los espero con mucha ilusión. También
a los niños y niñas de América Latina para que
conozcan el ingenio y los orígenes de nuestros pueblos.*

*Con amor,
Edna Iturralde*

La leyenda del domingo siete (ARGENTINA)

Pues dizque en el pequeño pueblo de Cachirulo, en la provincia de La Pampa, vivían dos gauchos, Manuel García y Juan Martínez, fanáticos por el juego de la taba, un hueso extraído de la pierna de la res. A diferencia de los dados que tienen seis lados, la taba tiene dos: el lado liso que pierde y el lado cóncavo que gana. Una noche en que la suerte se inclinó por Martínez, García se estaba retirando decepcionado de la pista de suelo apisonado y cercado por tablas, cuando Martínez, seguro de que aquella noche la suerte estaba de su lado, lo desafió.

9

—¿Así que tenés miedo, y te vas con el rabo entre las piernas, no?

—He perdido todo —contestó García alzándose de hombros.

—Pero tenés tu rancho y tus caballos —Martínez lanzó las palabras como si fueran cuchillos.

Los otros gauchos se opusieron. Nunca habían apostado de modo que un hombre pudiera quedarse sin techo. Pero García aceptó el desafío.

Apuntó el área delimitada donde la taba debía caer, la lanzó y esta cayó fuera mostrando el lado liso. Había perdido la apuesta.

—¡Qué lástima, che! Pero... por amistad te daré tres días para que consigás en dinero lo que cuesta el rancho. Me pagás y quedamos en paz —dijo Martínez aparentando una lástima que no sentía,
10 puesto que en el fondo estaba satisfecho de haber ganado.

—¿Tres días? Sos un demente indeseable —protestó García y, ciego de ira, trató de sacar su cuchillo conocido como alfajor, pero los amigos se lo impidieron.

—Tratá, García. Tratá. No hay peor cosa que no tratar —le aconsejó un viejo gaucho dándole palmaditas en la espalda.

Los otros dijeron cosas parecidas sin saber qué más expresar ante tamaña situación. Las apuestas en el juego eran sagradas, si se aceptaban, y el que ganaba, ganaba y el que perdía, perdía; así de simple.

Como era de esperarse, cuando regresó al rancho y contó lo ocurrido a su mujer, ella lo mandó a ensillar otra vez su caballo alazán y lo envió directito a Santa Rosa, la capital de la provincia de La Pampa.

—Me parece imposible que consigás en tres días lo que nos ha tomado años lograrlo —la mujer meneó

la cabeza con indignación—. Buscá en la ciudad y no volváis con las manos vacías... querido.

Y ese “querido” sonó tan terminante como una de las trompetas del juicio final.

Entonces, García se puso otra vez el poncho rojo, el sombrero de cuero llamado *panza de burro* y emprendió el viaje aquella noche tan oscura como la tristeza que le recorría desde la cabeza hasta las botas de potro. 11

Galopa, galopa y galopa se fue alejando su figura de la casita de adobe. Pasó dos horas y en la lejanía vio una luz pequeñita que brillaba.

—Mirá, Canelo, otro rancho. Allá descansaremos un momento —le habló a su caballo.

Cuando llegaron, la puerta de la casa estaba abierta meciéndose al viento que se había levantado. García desmontó y entró saludando. En una mesa vio el candil que brillaba. Como nadie contestó sus saludos, el hombre sintió un escalofrío, aunque se dijo para sí mismo que era un gaucho y los gauchos no son miedosos pero sí precavidos y bastante curiosos, así que amarró su caballo en la parte trasera de la vivienda antes de regresar a investigar.

El fogón estaba casi apagado. García se puso de rodillas para soplar en las brasas cuando escuchó cascos de caballos y voces de hombres y mujeres.

De un salto se subió a la mesa, de allí a una viga del techo, donde se acostó para que no lo descubrieran.

La gente entró riendo y metiendo bulla. En pocos segundos la luz del fogón iluminó la estancia. Unos pusieron a hervir el agua para preparar el mate; otros sacaron botellas de vino en medio de risas y bromas.

12 García tragó el susto y decidió que esperaría el momento oportuno para darse a conocer antes de partir en su caballo.

Tres guitarras se pusieron de acuerdo y las voces se unieron en una canción:

*Lunes y martes,
y miércoles tres,
jueves y viernes,
y sábado seis...*

Algunas parejas salieron a bailar y los músicos continuaron siempre con el mismo estribillo que terminaba igual sin cambiar ni de letra ni de melodía.

Esto se repitió durante una hora. Al parecer, esta repetición no molestaba a la gente, que cantaba y bailaba con mucho entusiasmo, pero García, entumecido y en el colmo del aburrimiento, no pudo más al llegar la canción a “y sábado seis...”, y gritó desde su escondite:

—¡Con cuatro semanas se ajusta el mes!

Los guitarristas reaccionaron primero.

—Gracias, amigo. Hacía años que buscábamos completar la estrofa —explicó el más alto de ellos, quien tenía una gran barba negra que caía encima de su pecho.

—Bajá, bajá, que tenemos algo para vos en agradecimiento por tu ayuda —dijo el segundo guitarrista, señalando un fardo apoyado contra la pared.

13

El tercero repitió exactamente lo mismo, quizás por costumbre de corear las frases.

García se bajó de la viga saltando encima de la mesa. Tac, tac, sonaron las suelas de sus botas y en ese instante la gente desapareció. El gaucho quedó solo en la habitación iluminada por las llamas del fogón. Se aproximó al fardo, lo abrió y su sorpresa fue un sobresón: ¡estaba lleno de oro en polvo!

Fue a buscar al caballo preguntándose cómo haría para llevar tremendo peso en su montura. La respuesta la tuvo al ver que una carreta estaba amarrada al caballo.

—¡Me hicieron el favor completo! —expresó García con satisfacción.

En el camino de regreso, el gaucho fue a tanta velocidad que los zorzales dejaron de trinar asustados por el zumbido de los ejes de la carreta.

García llegó a su rancho, justo cuando la noche huía ante los certeros rayos del sol que lo alcanzaron a pesar de esconderse en las ramas de los ombú, los árboles de la pampa.

Una vez contada la aventura y enseñado el oro a su mujer, García la envió donde Martínez a preguntar que cuánto estimaba que era su deuda si la pesa-
14 ba en oro en polvo, ya que así se la pagaría.

La mujer regresó con la noticia. Después de reír a carcajadas, Martínez había mandado a decir que pedía diez libras de oro en polvo y que con eso se sentiría satisfecho y la deuda quedaría saldada.

García y su mujer pesaron el oro y él lo llevó personalmente a Martínez.

—Pero... pero, decime, ¿de dónde lo has sacado? —se asombró el gaucho—. Contame, que para algo somos amigos, ¿no? —pidió frotándose las manos.

García se lo contó y, ni bien terminó, vio que Martínez ya se alejaba en su caballo siguiendo la dirección indicada. Galopa, galopa, galopa y al anochecer llegó al mismo rancho descrito por García, y guiado por el candil prendido. El viento golpeaba la puerta abierta. Martínez se subió en la mesa, de allí a la viga y se acostó para que no lo descubrieran. Escuchó ruido de cascos de caballos y voces de

hombres y mujeres que entraban. Los guitarristas afinaron sus instrumentos.

—Vamos, vamos, pronto... —se susurró a sí mismo Martínez, quien ya tenía planeado en detalle lo que haría con tanta riqueza.

Y tal cual relató García, la gente empezó a cantar:

*Lunes y martes,
y miércoles tres,
jueves y viernes,
y sábado seis
con cuatro semanas
se ajusta un mes.*

15

No bien terminaron de cantar, Martínez saltó a la mesa gritando:

—¡Les falta el domingo siete! —y, contoneándose, esperó recibir el premio por su ayuda en completar la canción.

Sin embargo, lo que recibió fue puñetazos de los furiosos hombres y arañazos de las enardecidas mujeres.

A duras penas, Martínez pudo escapar con vida del rancho y, como fue a quejarse a gritos donde García, todos los gauchos de Cachirulo se enteraron de su desafortunada aventura. Desde aquel momen-